



GUERNICA Y LA GUERRA TOTAL

IAN PATTERSON

TURNER / ARMAS Y LETRAS

EXTRACTO

GUERNICA Y LA GUERRA TOTAL
IAN PATTERSON

EXTRACTO

Era lunes, día de mercado. Por el bloqueo de los puertos y la imposibilidad de conseguir bienes que pudieran cruzar la frontera del enemigo, que había avanzado de manera implacable a lo largo de las semanas anteriores, la comida escaseaba tanto que había surgido un floreciente mercado negro. Un kilo de café podía costar hasta una cuarta parte de la renta anual de un trabajador. La tradicional feria de ganado se había interrumpido oficialmente por la guerra, pero, aunque desde Bilbao las autoridades instaban a abandonar los mercados mientras duraran las hostilidades, los granjeros y agricultores de los alrededores no tenían otra forma de vender su comida, ni la gente de la ciudad o del campo otra forma de conseguirla. Así que el mercado continuaba existiendo. Ronald Fraser, en su historia oral de la guerra civil, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, cita a un sacerdote de la zona, el padre José Axunguiz, que avisó a sus feligreses de que no acudieran al mercado de Guernica ese día:

Para los jóvenes era una excursión. Venía gente en autobús desde sitios tan alejados como Lequeitio, en la costa. La gente no estaba preparada para la guerra. Yo culpo de ello a las autoridades vascas, que no deberían haber permitido que siguiera la tradición. Fueron responsables de muchas muertes. Los que vivíamos virtualmente en el frente, en Marquina, por ejemplo, sabíamos lo importante que era construir buenos refugios. Pero en Guernica no habían

tomado las precauciones necesarias. Los refugios eran rudimentarios.¹

Las cosas no eran exactamente así, pero es una muestra del grado de miedo que tenía la gente. Puede que muchos de los refugios fueran rudimentarios, pero también los había sólidos. Los habían construido bajo las órdenes del alcalde José de Labauria, después del bombardeo de Durango, y había seis en las inmediaciones del centro de la ciudad. Estaban hechos con robustos postes de pino colocados verticalmente desde el suelo y horizontalmente en el techo y, sobre eso, dos capas de sacos de arena, planchas de acero y dos capas más de sacos. Steer describe otros sótanos cubiertos con sacos de arena con entradas protegidas de manera similar: “Un letrero, con la palabra *Refugio* pintada de forma ornamental en la puerta, indicaba dónde tenía que meterse la gente”.

Thomas y Morgan-Witts, en su no del todo fiable reconstrucción de ese día, dicen que la mitad de los puestos del mercado estaban vacíos (por falta de mercancía para vender y de dinero para comprar), y que algunos granjeros recogieron sus cosas y se marcharon temprano. Pero parece probable, incluso con el mercado al mínimo, que en la ciudad se hallaran entre siete y diez mil personas, incluyendo los refugiados. Steer describe en su libro el sonido casi idílico del mercado, una escena romántica y evocadora como de otro tiempo, “con los granjeros acercándose a la ciudad en sus carros de sólidas ruedas tirados por bueyes, con sus largos y fruncidos delantales de mercado caminando de espaldas, con una vara en la mano, como si estuvieran hipnotizando a los bueyes para llevarlos hacia Guernica... otros conduciendo

¹ FRASER, Roland, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Barcelona, Planeta de Agostini, 2005.

sus ovejas hacia el mercado”. De repente, a las cuatro y media, la única campana de la iglesia empezó a sonar avisando del ataque aéreo y la escena cambió completamente cuando la gente empezó a correr para cubrirse.

Apareció un único avión, que Steer identifica como un Heinkel He-111, aunque otros creen que era un Dornier Do-17E; en cualquier caso, estaba pilotado por el aviador más experto y con más trayectoria de la Legión Cóndor, el mayor Rudolf von Moreau del escuadrón experimental VB/88, que tenía la base en Burgos junto con el escuadrón bombardero K/88. Fuera el que fuera, y lo pilotara quien lo pilotara, lo cierto es que ese avión sobrevoló la ciudad amenazadoramente bajo y dejó caer seis (algunos informes dicen doce) bombas, y algunas fuentes hablan de una lluvia de explosivos incendiarios. Todo esto cayó encima y alrededor de la estación de tren, abarrotada de gente. Thomas y Morgan-Witts citan a Juan Siliaco, un bombero voluntario que describe sus efectos sobre un grupo de mujeres y niños, con palabras que desde entonces se han utilizado a menudo.

Era un grupo de mujeres y niños. Saltaron por los aires e, inmediatamente, comenzaron a desintegrarse. Volaban por todas partes piernas, brazos, cabezas y cuerpos despedazados.²

Uriarte cuestiona la autenticidad de este testimonio, diciendo que no existió ninguna persona llamada Juan Siliaco, pero, sea o no verdad, en otros relatos aparecen imágenes parecidas. La fragmentación de seres humanos se graba en la memoria. Las bombas de un segundo Heinkel aparecieron enseguida y corta-

² MORGAN-WITTS, Max y Gordon Thomas, *El día que murió Guernica*, Barcelona, Plaza y Janés, 1976.

ron la línea telefónica con Bilbao. El piloto pasó la ametralladora al azar por la ciudad antes de irse. Es posible que hubiera otros aviones. Pasaron quince o veinte minutos sin que nada más ocurriera.

La gente pensó que el ataque había terminado. Empezaron a salir de los refugios para inspeccionar los daños, ayudar a los heridos y apagar los fuegos. El cura de la parroquia, el padre Aroategui, caminaba hacia la estación de tren con los sacramentos para los moribundos. Entonces se acercó una nueva ola de bombarderos, otros He-111 seguidos de caza bombarderos Heinkel He-51 y cazas Messerschmitt de la J-88 (Jagdgruppe-88 o 88-Hunters; en el código propio de escolares de los nazis, el 88 quería decir “HH”, ya que H es la octava letra del alfabeto, y significa “Heil Hitler”). Cerca del puente, bombardearon una fábrica, y enseguida se formaron unas llamas inmensas. Al poco tiempo, una densa nube de humo y polvo gravitaba sobre la ciudad, asfixiando a los que trataban de bajar a los sótanos y refugios y oscureciendo la visión de los bombarderos, lo que los estimuló, si es que necesitaban estímulo alguno, para lanzar indiscriminadamente sus bombas sobre los edificios. Y eso es lo que hicieron.

Incapaces de encontrar refugio adecuado en la ciudad, y apremiados en las zonas donde había menos humo por los cazas, que volaban bajo, disparando sobre todo lo que se moviera, mucha gente empezó a correr hacia el campo, en los alrededores de la ciudad, cobijándose como podían bajo los árboles. Los He-51 y los Messerschmitt bajaban en picado sobre ellos dejando caer granadas y ametrallando a todos indiscriminadamente: viejos y jóvenes, mujeres y bebés, monjas y ganado.

Pasadas las cinco, más o menos un cuarto de hora después, la gente empezó a oír el rumor potente y grave de bombarderos más grandes; ahora eran los Junkers Ju-52, mucho más pesados:

aviones trimotor de transporte convertidos en bombarderos. El historiador Hugh Thomas los llama “el viejo espectro de la guerra española”. Se iban aproximando al valle desde el sudoeste y con ellos iban más de los nuevos He-111. Probablemente también se unieron algunos aviones italianos Savoia S-81S, del escuadrón que tenía su base en Soria, al sudeste de Burgos, aunque no todos los expertos están de acuerdo en esto. Los aviones bombardearon la ciudad sin cesar, con intervalos de veinte minutos, durante dos horas más, hasta las siete y media de la tarde aproximadamente. Los Heinkel He-51 –unos aviones relativamente lentos, que se utilizaban para ametrallar y tirar bombas a baja altura– tenían una capacidad de carga de entre seis y diez kilos de bombas anti-personales de fragmentación y llevaban la cabina abierta, de manera que los pilotos podían tirar granadas por la borda. Con la base cerca de Vitoria podían volver a cargar y repostar para seguir con el bombardeo extensivo y sistemático. Además, los tres escuadrones del campo de aviación de Burgos también tuvieron tiempo para reponer combustible y hacer otra pasada. Parece que había por lo menos veintitrés Ju-52, arrojando una combinación de bombas de alta explosividad de varios tamaños hasta los 250 kilos, diez kilos de bombas anti-personales y de granadas de termita incendiarias, llenas de un combustible que ardía a temperaturas superiores a los 2.500° C. Los cazas, que en otra situación habrían hecho de escolta de los bombarderos defendiéndolos de un posible ataque republicano, no tenían más ocupación que ametrallar a la gente que trataba de escapar, y al ganado que ya se estaba quemando o se había desbocado. El historiador alemán Klaus Maier ha calculado que lanzaron en total unas treinta y cinco toneladas de explosivos.

Las bombas redujeron a ruinas la mayor parte de la ciudad, y los artefactos incendiarios propagaron a toda velocidad el fue-

go, un fuego que se intensificó hasta que hizo arder la ciudad entera, causando el resplandor rosa que Steer vio a veinticuatro kilómetros de distancia. Un periodista francés que visitó la ciudad cinco días más tarde encontró fuegos todavía incandescentes, algunos con llamas “bajo piedras y tejas”. Nadie puede decir con exactitud cuántas personas murieron o quedaron heridas en las tres horas o tres horas y media que duró el ataque. Las cifras que se manejan más a menudo son 1.654 muertos y 889 heridos. Algunas investigaciones recientes han sugerido cifras mucho más bajas, entre doscientos y trescientos, pero no parece haber razones para dudar de la noticia que Noel Monks publicó en el *Daily Express* del 1 de mayo, en la que hace referencia a los seiscientos cadáveres que contó mientras se estaban extrayendo de las ruinas muchos más. En un reportaje anterior, describía una imagen imposible de olvidar: los campos “sembrados de cientos de ovejas muertas” ametralladas por los alemanes.

RELATOS DE TESTIGOS

La primera noticia oficial del bombardeo de Guernica salió a la luz en Radio Bilbao entre las diez y las doce de la mañana del 27 de abril de 1937. A mediodía, esta emisora difundía un comunicado del presidente Aguirre y, esa misma mañana, la prensa vasca también se hacía eco de la noticia.

Los aviadores alemanes al servicio de los españoles rebeldes han bombardeado Guernica, quemando la ciudad histórica que todos los vascos veneramos tanto. Han buscado la manera de herirnos en la parte más sensible de nuestros sentimientos patrióticos, dejando claro una vez

más lo que Euskadi puede esperar de aquéllos que no dudan en destruir el santuario que representa los siglos de nuestra libertad y democracia.

Las primeras noticias no ponían en duda la participación y responsabilidad de los alemanes.

Además del bombardeo sistemático y extensivo de una zona civil indefensa, la otra novedad del ataque aéreo a esta histórica ciudad vasca fueron las miles de granadas de termita que siguieron a los explosivos de alta potencia. Éstas crearon unos fuegos tan intensos en la vieja madera con la que estaban construidos prácticamente todos los edificios que la convirtieron en un infierno. Tanto la ciudad como sus habitantes parecían haber desaparecido del mundo. Para mucha gente fue un ejemplo, a pequeña escala pero con la misma crueldad inhumana, de lo que podía ocurrir en las grandes ciudades de Europa en el caso de una guerra mayor. Y, por supuesto, al alto mando alemán le vino muy bien que los demás creyeran que tenía la capacidad para causar tales estragos.

El primer artículo de Steer, publicado en *The Times* y acompañado de un editorial muy potente, fue la primera y más influyente descripción del bombardeo. Ya ha sido recogida muchas veces, pero algunos extractos merecen figurar aquí. El artículo apareció bajo el manido titular de *The Tragedy of Guernica* y calificaba el ataque de “acontecimiento sin parangón en la historia”. Steer dejaba claro repetidamente que allí no había ningún objetivo militar: “Sólo hay una fábrica de armamento a las afueras de la ciudad y no ha sido tocada. Y tampoco los dos barracones, que están a bastante distancia del centro”. El tono moderado pero no falto de indignación del texto continúa hasta concluir: “El objeto del bombardeo parece ser la desmoralización de la población civil y la destrucción de la cuna de la raza vasca”.

Lo más chocante es la insistencia de Steer en mostrar el ataque como absolutamente calculado. Al describir las tácticas de los bombarderos, incluye la matanza de las ovejas, observando con sarcasmo que “puede ser de interés para estudiantes de la nueva ciencia militar”. Y desde el principio pone énfasis en que las granadas incendiarias fueron las responsables de gran parte de la destrucción: de lo alto cayeron más de tres mil tubos de aluminio brillante, recubiertos de polvo de plata y con un peso de casi un kilo cada uno. “Las únicas medidas de contraataque que pudieron emplear los vascos”, escribía Steer al final del artículo, “a falta de suficientes aviones para enfrentarse a la flota de los insurgentes, fueron las que tomó heroicamente el clero vasco, que rezaba por la multitud arrodillada y la bendecía –no sólo a los fieles declarados, sino también a socialistas, anarquistas y comunistas– en los refugios que se iban derrumbando”.

Muchos de los temas clave del fenómeno de Guernica están recogidos en su artículo: el hecho como “tragedia”; la importancia de la ciudad en la cultura vasca; la “potente flota” de los bombarderos; los exhaustos refugiados con los enseres que habían podido salvar de sus casas; la búsqueda entre miembros de una misma familia; la “desmoralización” y la cuestión de la moral; la indiferencia sentimental de los atacantes (que se sugería tácitamente con palabras como “sistemático” y “tácticas”); la crueldad de esas tácticas, especialmente las que acababan con la vida de mujeres, niños, sacerdotes y ganado; y el objetivo de los atacantes de poner primero a la población en “estampida” y después bombardear los refugios. Tanto Monks como Steer hablan de la matanza de las ovejas con una especie de resonancia cristiana, especialmente porque se vinculaba a la estoica heroicidad del clero. Ésas fueron las ideas e imágenes recurrentes en los dos años siguientes en los

carteles de propaganda, las fotografías y los cuadros (no sólo el de Picasso), y en panfletos, discursos, libros y poemas como el de Paul Éluard, “La Victoire de Guernica” [“La victoria de Guernica”] (1938) que, en 1949, fue junto con el cuadro de Picasso la inspiración de un corto de Alain Resnais; novelas como la de Hermann Kesten *Los niños de Guernica* y obras de teatro. Por ejemplo, se puede ver su influencia en la obra corta de Barrie Stavis *Refuge* (1938), escrita para grupos de teatro de izquierdas, o en obras versificadas creadas para la radio, un medio nuevo, como *The Fly Through The Air With The Greatest of Ease* [*Surcan el aire con toda facilidad*], del escritor americano Norman Corwin, que fue emitido por la CBS en febrero de 1939. La obra en verso *Air Raid* de Archibald MacLeish, escrita en 1938 para la radio americana, se centra en la muerte de un grupo de mujeres (las fotografías más horribles que salieron en los periódicos fueron las de mujeres tratando de escapar del bombardeo de Guernica, que también afectaron mucho a Picasso mientras trabajaba en su cuadro). Éstas fueron las ideas que inspiraron la respuesta de pánico a la producción de radio de Orson Welles *La guerra de los mundos* en octubre de 1938, que tanta fama alcanzó.

El ministro del Interior vasco, Telesforo Monzón, escribió un desafiante poema titulado simplemente “Guernica”, que es prácticamente el retrato de un testigo ocular, y añade el árbol de Guernica al acervo de imágenes, en un intento de sacar de la ira una renovada fuerza vasca.

De noche, sobre Vizcaya, el cielo
se apareció ensangrentado...
Bajo las piedras aún ardían
las brasas de nuestro pueblo.

Incrédulo, llegué a Gernika
en torno a la medianoche.
¡El pueblo iluminado por el fuego!
¡Niños durmiendo por prados y caminos!
¡El hermano busca al hermano,
un padre encuentra muerto a su hijo!
Las vacas mugen camino del monte...
En los ojos de las mujeres ya no hay llanto.

Oíd, oíd el sonido de las llamas...
¡Las chispas parecen lágrimas de sangre!
Pero en vano se afana el invasor:
¡El Árbol sigue en pie con los brazos abiertos!
¡Si antes Gernika era nuestra,
ahora pertenece a toda la Tierra...,
porque el nombre de Gernika se ha unido
para siempre al nombre de la Libertad!

En contraste, otro poeta vasco, Mikel Zarate, escribió un poco después su poema “1937 Aprilak 26” [“26 de abril de 1937”], inspirándose más en las dislocaciones del cuadro de Picasso que en el acontecimiento mismo.

Una orden insensata. Una demostración de fuerza.
Una danza de mugidos de toros voladores.
El infierno se adueña de nuestro cielo.

Van veloces los rayos desatados
llenos de furia hacia Gernika...
la destrucción de la ciudad comienza
y habla a gritos la amargura.

Gritan de espanto la madre y el niño,
 ante el cuerpo decapitado del padre;
 gritan pájaros, flores, hierro,

Piedra y viento, madera y fuego hirviente;
 grita el eterno respeto entre los pueblos,
 el eterno sonido de la libertad.³

Guernica se convirtió en un hito histórico alrededor del que cristalizaron muchos de los miedos que ya existían relacionados con la tecnología y la guerra aérea. “A partir de ahora”, escribió el periodista Luigi Sturzo a finales de mayo o en junio de 1937, “la historia de las guerras futuras, en cuanto a ataques aéreos, tendrá como referencia Guernica como ahora tiene el *Lusitania* cuando se habla de ser torpedeado por los submarinos”. Al hilo de esta reflexión, se puede decir que Guernica se convirtió en un símbolo cultural. No sólo el cuadro de Picasso, que actuó como un símbolo de ese símbolo, sino la simple palabra *Guernica* llevaba la carga de todo el horror que se sentía ante lo que tuviera que ver con el bombardeo de ciudadanos indefensos en una ciudad o en sus casas.

© Turner, 2008

Del texto original: © Ian Patterson, 2007
 Traducción de Silvia Bardelás

³ La traducción del original euskera de los dos poemas es de Gerardo Markuleta.